

La trama del jazz incorpora elementos de muy diversa naturaleza. Además de los estrictamente musicales, la completan otros de tipo sociológico, plástico, poético e, incluso, ideológico. No es de extrañar, por ello, la fascinación que el jazz ha venido ejerciendo sobre escritores y artistas plásticos. Con algunos de esos elementos se han tejido historias y perfilado imágenes.

La literatura hispánica de creación, tan diversa en sus fuentes de inspiración, ha recurrido pocas veces al jazz. No obstante, existen dos ejemplos referenciales: Julio Cortázar y, más próximo en el tiempo y el espacio, Antonio Muñoz Molina.

La propuesta que ahora presentamos pretende incidir en la importancia del jazz como elemento de inspiración poética y argumental. Pero se ha optado por hacerlo desde el propio entorno del jazz. Para ello, se han reunido textos de críticos y articulistas que habitualmente colaboran en las páginas de *Cuadernos de Jazz*. Este es el común denominador de la presente recopilación. El planteamiento es, pues, evidente: si desde el ámbito de la literatura se puede recurrir al jazz, ¿por qué no recurrir a la literatura desde el propio campo del jazz? El resultado de la propuesta se concreta en cinco poemas y cuatro relatos. En ellos, el jazz es algo más que un telón de fondo: forma parte de la trama.

Los cuatro relatos están escritos con claves distintas. Si *El día en que algo dejó de ser diferente* se enmarca en el documento testimonial, *Chicago Breakdown* apuesta por lo anecdótico. El humor (negro) es la pauta de *Stizzy*, mientras que *Jam-Session* viene a ser, como su título sugiere, una improvisación que incorpora, a través de un diálogo interior, las sensaciones que va suscitando en los protagonistas el entorno jazzístico en el que están inmersos.

Esta diversidad de perspectivas aparece, asimismo, en los poemas. *De cómo empecé una parte de mi todo* descompone, mediante piruetas visuales, los elementos que completan la sorpresa producida por un descubrimiento inesperado, mientras que en *Diskant* el jazz se interioriza y pasa a impregnar el poema, que se tiñe de claroscuros (como esos acordes indefinidos que hoy prodigan los pianistas de jazz, y a los que hace referencia su título).

Finalmente, los poemas *Jazz Lesson* (*Lección de Jazz*), *Solace of Music* (*Alivio musical*) y *A Toast to Brownie* (*Un brindis por Brownie*) son otros tantos momentos de intensidad. El tono dramático en que se desenvuelven hará vibrar la sensibilidad más enquistada. Acaso estos poemas se justifiquen no por nosotros, sus lectores, sino porque intuimos que contribuyeron a aliviar la implacable angustia a que su autor estaba sometido: la de saberse sentenciado a un final inapelable. David no subsistió mucho tiempo a ellos, pero, de algún modo, estos poemas le contienen y le mantienen vivo entre nosotros. Cada vez que los releemos revive en nuestro pensamiento. Y así seguirá siendo.

La música como literatura:

Poemas y relatos
alrededor

del **JAZZ**

DE COMO EMPEZO UNA PARTE DE MI TODO

París.
A los setentas les sobran cinco años
y a la media noche cinco minutos.
Barrio Latino.
Callejas de cinco siglos para el dos mil.
Mucho tiempo, gravitando en un instante, fue preciso
para convocarme con la música que me aguardaba
en el sótano de un edificio de, tal vez,
cinco siglos, cinco años y cinco minutos.
(¿Quién se resiste a creerlo en una noche al filo de la otra noche?)
El espectáculo me era desconocido.
Un saxofonista desfallecía
sacándose
el intestino
por la boca.
Con risa bronca, su compañero se abanicaba los labios con
la vara
de un trombón,
mientras un ave de canto desconocido, instalada en una serpiente negra,
de clarinetes.
por un encantador
hipnotizada
estaba siendo
En el rincón más apartado, un enano
sacudía
un violín robado a Goliath,
asomaban
y entre tambores y platillos los tentáculos
de un pulpo con pelo rizado.
Entre tanto, un dentista revisaba los d/i/e/n/t/e/s de un viejo piano.
Y una trompeta imponía su autoridad
un caballo
desde al frente del Séptimo de Caballería.
—imaginé—
Pero lo que más me impresionaba no eran aquellos extraños oficianes,
sino que de la consumación del sacrificio surgía un desorden organizado
que tiraba de la mente y de las piernas con hilos invisibles.
Después me explicaron que aquello era jazz
y así empezó una parte de mi todo.

José Luis Salinas



DISKANT

Hænder
i flyvende hvirvler
over tangenterne
kadencer
af skiftende farve
og længde
et fugletræk
på vej
mod en slags frihed
før lyset falder.

Tiden er gået i stå
alarmsystemet
sat ud af funktion.

Dette ligner
en flugt fra døden
i alle tænkelige afskygninger
en kærlighedserklæring
uden adresse
liv på tværs af grænser
skrøbeligt
men stædigt
et langt dyk
ned i tonedybte
og så punktum
med omsider løftede
åbne og lattermilde håndflader
over oceanets
horizontale vanvid
og vemod.

(tilegnet Joachim Kühn)

DISKANT

Remolino de manos
en vuelo
sobre las teclas
cadencias
de diferentes colores
y extensiones
paso de aves
camino de una especie
de libertad
antes del crepúsculo.

Se paró el tiempo
dejó de funcionar
el sistema de alarma.

Esto parece
una huida de la muerte
en todos sus matices imaginables
declaración de amor
sin destino
vida entre fronteras
frágil
pero tenaz
prolongada sumersión
en el precipicio sonoro
y luego punto final
con las palmas de las manos
al fin levantadas
abiertas y risueñas
por encima de la demencia horizontal
y la melancolía del océano

(para Joachim Kühn)

Ebbe Trøberg

Del libro *Bortrejst (De Viaje)*,
Copenhague 1991.
Traducción del autor.

JAZZ LESSON

The tune
is called *Deep Night*.
Bud Powell used to play it, then
Sonny Clark.

(After shock treatments
Bud drank himself to death;
Sonny OD'd in the back room
at Junior's.)

It's a minor-type thing,
kind of somber, kind of jaunty,
typical in many ways
of jazz in the Fifties.

SOLACE OF MUSIC

It's hard to lie still on a table
beneath glaring metal lights...
and so my eyes are shielded
by a little tent of sheets:

a makeshift shelter, a bedouin's lair,
a Kid's secret hidey-hole.
Surgeon's and nurses' chatter, smell
of iodine all drift in.
I feel pressure, gurgling
as they open a vein –

fresh pain and stale,
unknown on top of known,
and I try to be good,
not to scream or trash about;
running through in my head,
keeping time with my hands,
Cannonball's, Nat's, and Yusef's solos
on *Jive Samba*.

LECCION DE JAZZ

El tema
se llama *Deep Night*.
Bud Powell solía tocarlo, después
Sonny Clark.

(Tras los tratamientos de choque
Bud emborrachándose hasta morir;
y Sonny con sus sobredosis en el camerino
de Junior's.)

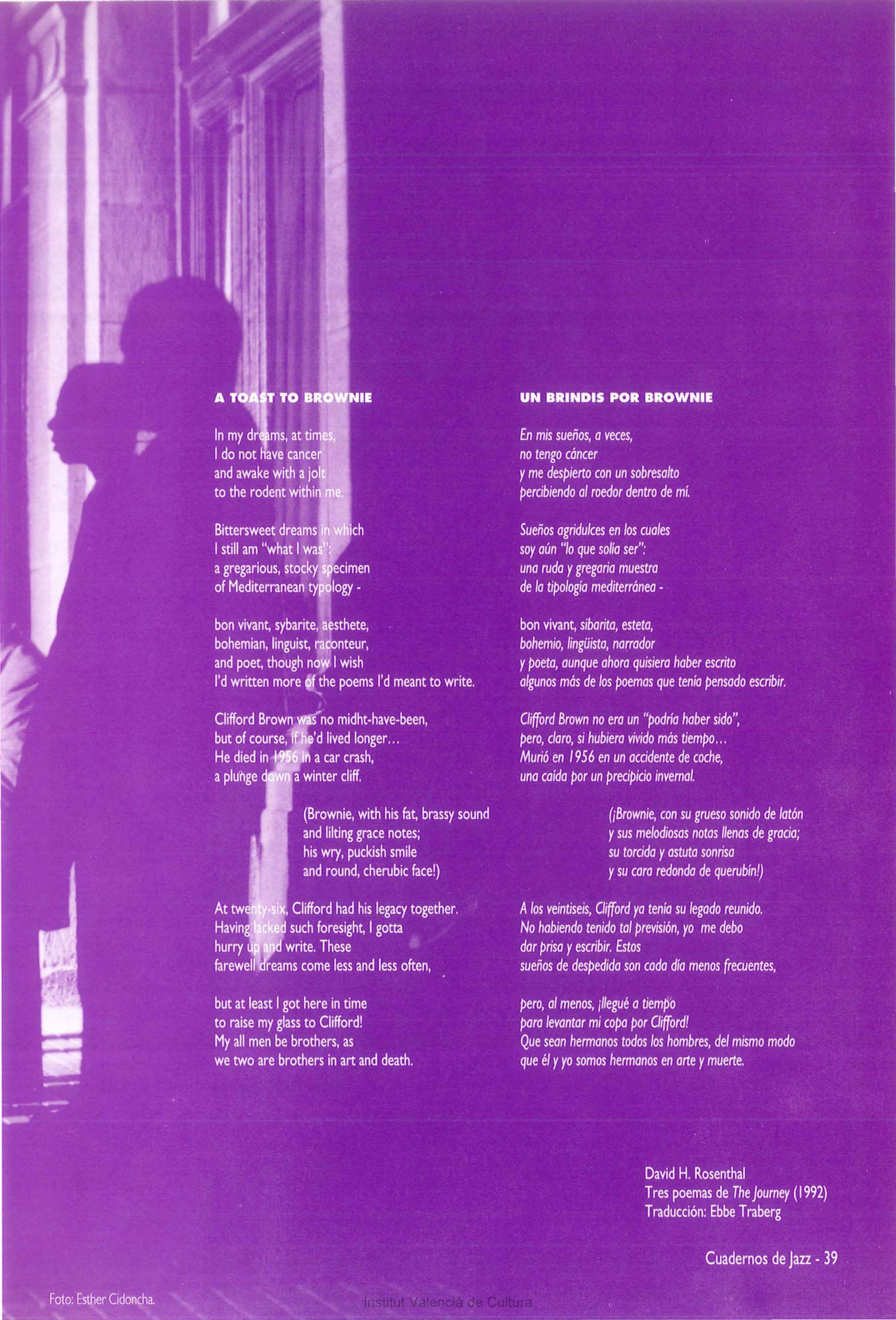
Es algo de escasa importancia,
algo sombrío, algo vistoso,
en muchos sentidos típico
del jazz de los cincuenta.

ALIVIO MUSICAL

Es duro permanecer quieto en una mesa
bajo deslumbrantes focos de metal...
y por eso protegen mis ojos
con un pequeño armazón de sábanas:

refugio provisional, cubil de beduino,
escondite secreto de un chaval.
Voces de cirujano y enfermeras, olor
de yodo llegan mezclados del exterior.
Siento presión y gorgoteo
cuando me abren una vena –

dolor fresco y rancio,
desconocido encima de conocido,
e intento ser bueno,
no gritar ni hacer tonterías;
mientras marco el tiempo con los dedos
pasan por mi cabeza
los solos de Cannonball, Nat e Yusef
en *Jive Samba*.



A TOAST TO BROWNIE

In my dreams, at times,
I do not have cancer
and awake with a jolt
to the rodent within me.

Bittersweet dreams in which
I still am "what I was":
a gregarious, stocky specimen
of Mediterranean typology -

bon vivant, sybarite, aesthete,
bohemian, linguist, raconteur,
and poet, though now I wish
I'd written more of the poems I'd meant to write.

Clifford Brown was no midht-have-been,
but of course, if he'd lived longer...
He died in 1956 in a car crash,
a plunge down a winter cliff.

(Brownie, with his fat, brassy sound
and lilting grace notes;
his wry, puckish smile
and round, cherubic face!)

At twenty-six, Clifford had his legacy together.
Having lacked such foresight, I gotta
hurry up and write. These
farewell dreams come less and less often,

but at least I got here in time
to raise my glass to Clifford!
My all men be brothers, as
we two are brothers in art and death.

UN BRINDIS POR BROWNIE

En mis sueños, a veces,
no tengo cáncer
y me despierto con un sobresalto
percibiendo al roedor dentro de mí.

Sueños agrídulces en los cuales
soy aún "lo que solía ser":
una ruda y gregaria muestra
de la tipología mediterránea -

bon vivant, sibarita, esteta,
bohemio, lingüista, narrador
y poeta, aunque ahora quisiera haber escrito
algunos más de los poemas que tenía pensado escribir.

Clifford Brown no era un "podría haber sido",
pero, claro, si hubiera vivido más tiempo...
Murió en 1956 en un accidente de coche,
una caída por un precipicio invernal.

(¡Brownie, con su grueso sonido de latón
y sus melodiosas notas llenas de gracia;
su torcida y astuta sonrisa
y su cara redonda de querubín!)

A los veintiseis, Clifford ya tenía su legado reunido.
No habiendo tenido tal previsión, yo me debo
dar prisa y escribir. Estos
sueños de despedida son cada día menos frecuentes,

pero, al menos, ¡llegué a tiempo
para levantar mi copa por Clifford!
Que sean hermanos todos los hombres, del mismo modo
que él y yo somos hermanos en arte y muerte.

David H. Rosenthal
Tres poemas de *The Journey* (1992)
Traducción: Ebbe Traberg

El día en que algo dejó de ser diferente

Son las once en punto de la noche y ésta es la sintonía de "Jazz entre amigos"... Radio Popular, tu emisora en la FM madrileña, te acompaña, un día más, con la música del siglo XX... Sesenta minutos de buen jazz, presentado por Paco Montes... y Juan Claudio Cifuentes, Cifu para los amigos... Comenzamos hoy por un grupo que hizo historia: los Red Hot Peppers de Jelly Roll Morton... y una de sus interpretaciones más conocidas: "Black Bottom Stomp"...

Le llegaron los primeros compases del stomp cuando circulaba frente al edificio de Telefónica. Elevó el volumen de la radio y sintió deseos de apretar el acelerador para seguir el ritmo vivo de la música. Lo impidió el tráfico, todavía denso. La avenida de José Antonio estaba sembrada de octavillas. Las más recientes se solapaban a las de días anteriores, todas prematuramente envejecidas por las pisadas recurrentes de viandantes y vehículos. Una de ellas subsistía frente a él, sujeta por el limpiaparabrisas de su Seat 1500: "Abstención = Marxismo; No = Paz y Progreso; Sí = 1931". Rememoró los acontecimientos de las horas anteriores. Había sido un día frío y gris, que anticipaba el invierno que llegaría en cuatro días más. Se había levantado con la garganta dolorida, consecuencia de haber estado voceando hasta la saciedad los estribillos que habían convertido en banderines de enganche quienes opinaban como él: "Vota sí, vota no, es lo mismo: apoyas al fascismo"; o aquél otro, coreado con música de borrachera compartida: "El pueblo que quiere Asunción ni vota que sí, ni vota que no. Abstención, abstención, es el voto del pueblo español"... El trámite de la votación del referéndum para la Reforma Política había sido fluido. Por una vez, todas las fuerzas políticas parecieron asumir una posición concreta: una posición *razonada*—afirmativa—sostenida por los partidos políticos oficiales, una posición *razonable*—abstencionista—aconsejada por los extraoficiales y, simplemente, una *toma de posición*—negativa—defendida hasta el final por los nostálgicos del pasado.

Al alcanzar Alcalá pudo comprobar que la policía antidisturbios custodiaba los accesos al Cuartel General del Ejército. Frente a los microbuses enjaulados por los protectores de

alambre, un policía de uniforme gris, con un pañuelo amarillo anudado al cuello, caminaba inquieto empuñando una metralleta sten, criminalmente bella. En la última fila de los vehículos se amontonaban escudos y cascos...

Escuchas "Jazz entre amigos", un programa que llega hasta ti de la mano de Paco Montes... y Cifu... Y continuamos con el buen jazz de ayer para la noche de hoy... Coleman Hawkins y su inmortal "Body and Soul"...

Le detuvo el semáforo de Cibeles. Intentó concentrarse en la progresión del tema, conducida por el saxo de Hawkins con la inexorable lógica de un desarrollo matemático que consuma la perfección. (Cada vez que escuchaba esta versión volvía a golpearle su incapacidad para traducir en palabras las sensaciones que le deparaba.) Por el retrovisor aún podía ver el gris tormentoso de los microbuses de los *antidisturbios*. La situación era, por suerte para él, muy diferente a la de años atrás; exactamente, a la de once años atrás. Entonces, frente al lugar ahora vigilado por la policía con actitud pacífica, él había dado la carrera de su vida... aunque no fue lo suficientemente rápida: desde una hora antes, y atendiendo a una convocatoria de manifestación, muchos estudiantes como él se habían ido concentrando en las proximidades del Ministerio de Educación. Querían ser escuchados, aunque, como en tantas otras ocasiones, pronto los grises (*) les hicieron ver que no lo permitirían. Cuando cargaron contra ellos, corrieron acera abajo, buscando la boca del metro. Pero allí les estaban esperando los *sociales*, la policía de paisano. Fue una ratonera en la que muchos quedaron atrapados.

Aquel año lo había vivido con la entrega del que descubre un nuevo motivo por el que luchar. Asistió a las clases de Tierno Galván, al que recordaba, ante todo, como un humanista, quizá utópico, como deben serlo los humanistas. Con él encabezó aquella sonada manifestación en la Ciudad Universitaria, una de cuyas consecuencias fue la suspensión de la actividad

(*) Alusión al color del uniforme, pero también a la presunta opacidad mental de quienes lo llevaban.

docente del profesor. Aún le estremecía recordar la tensión que se produjo cuando, al serles cortado el paso frente a la escuela de Arquitectura, decidieron permanecer sentados y encadenarse con los brazos unos a otros. Así recibieron los chorros de agua a presión lanzados por las tanquetas de la policía. Mayor tensión aún se produciría cuando, a toques de corneta, se desparramó de los autobuses policiales una diarrea de grises armados con los *mausers* reglamentarios, como si se tratara de reprimir una protesta en un país tercermundista; es decir, a culatazos...

Reanudó la marcha dejándose acariciar por la voluptuosa sonoridad de Hawkins... Aquel año había sido también digno del recuerdo porque pudo ver y escuchar al maestro. O, al menos, lo que quedaba de él. Fue en el teatro Carlos III, y con el saxofonista estaban otros músicos memorables. Recordaba de ellos, sobre todo, el implacable juego de platillos de Jo Jones. Recordaba también que el concierto estuvo a punto de concluir apenas iniciarse. Jones no entendió, o no quiso entender, la música de Hawkins. Acaso al propio Hawkins. Por eso se ausentó del escenario, y el concierto hubo de continuar sin él. Tal vez, en realidad, lo que no resistió fue el olor a alcohol que lamentablemente envolvía al maestro.

Dobló por Neptuno y dejó el hotel Palace a la izquierda. Más arriba, los leones que custodiaban el edificio de las Cortes parecían indiferentes a los cambios políticos que se adivinaban. Ellos ya habían presenciado demasiados.

Pero 1965 había sido para él importante, además, por otro motivo...

Continúas en la sintonía de radio Popular... con "Jazz entre amigos"... Demos ahora un salto adelante. Aquí está Dizzy Gillespie con su orquesta de 1946... "Things To Come", "Las cosas que han de llegar"... Desearíamos que no fueran tan explosivas como esta música que ahora nos llega...

Cuando escuchó por primera vez este tema, pensó que se trataba de la partitura compuesta para acompañar la primera explosión atómica. Él mismo se sintió conmovido, a mucha distancia y muchos años después, por aquella sacudida conservada en los surcos

de un disco. No necesitó elevar el volumen de la radio para sentirla de nuevo. Por ello, cuando enfiló la calle del Prado no estuvo seguro de poder esquivar a los vehículos aparcados que estrechaban aún más la calle.

En el 65 había tenido su propia sacudida emocional. Ironías del destino, fue consecuencia de aquella redada en los pasillos del metro. Sucedió en los sótanos de la Dirección General de Seguridad, en el lado sombrío de la Puerta del Sol, en algún momento de las idas y venidas entre interrogatorios, calabozos y careos. Allí se conocieron, porque tampoco ella había podido escapar de la redada. Más tarde, compartiendo los naufragios cotidianos encontraron juntos más de una balsa salvadora, e hicieron de la búsqueda de una isla desierta el objetivo que a partir de entonces unió sus vidas.

En el camino se apasionaron por el jazz, comprendiendo que este nombre identificaba algo más que un tipo de música. Descubrieron en él una libertad intrínseca que transgredía cualquier tipo de prohibición; no se trataba de una voz amordazable. Era como una catapulta que les impulsaba más allá de la mediocridad del presente, asomándoles a un futuro mucho más esperanzador. Se percataron de que donde más se aplaudía al jazz era precisamente en aquellos países a los que ellos aspiraban aproximar el propio algún día. Allí donde triunfaba la libertad triunfaba el jazz; por eso debía ser que se ofrecía tan poco jazz en España. Y por ello deseaban invertir el orden de las palabras en la frase: acaso triunfando el jazz triunfaría también la libertad. Discutieron de ello, y de todo lo demás, en el Whisky Jazz de la calle Marqués de Villamagna, mientras escuchaban a Pedro Iturralde tratando de convertir al flamenco en una especie de jazz nacional y a Tete Montoliú reescribir baladas pareciendo que habían sido estrenadas en el momento. Más tarde, el Colegio Mayor San Juan Evangelista propondría, con el pretexto de un escenario, un foro que acogiera mucho más que unas inquietudes estrictamente musicales. Por aquellos años fueron contadas las ocasiones en que acudía a Madrid alguna figura del jazz, pero cuando esto sucedía se corría la voz intentando ser el primero en dar tan importante noticia, porque sin duda lo era. Ninguna superó la llegada de la orquesta

de Duke Ellington, con Ella Fitzgerald. Su concierto se paladeó durante meses... En las casas de algunos aficionados, con frecuencia convertidas en generosos centros de reunión, circulaban discos conseguidos en algún viaje al extranjero, incluso en algún ropavejero del Rastro, más improbablemente adquiridos en el comercio nacional. Franco Orgaz aportaba sus buenos setenta y ocho revoluciones, literalmente horadados por una cápsula de cinco gramos... pero que hacía que los discos sonaran con una vitalidad desconocida en los microsuros. Alberto Urech, por su parte, narraba gastadas historias del Hot Club de Madrid, mientras se hojeaban las páginas, ya amarillentas, de la revista *Ritmo y Melodía*, y se la comparaba con la flamante *Aria Jazz*. Aquellos viejos aficionados practicaban unas fidelidades que no conseguían deponer los años. Tal era la pobreza, y la gloria, del jazz en Madrid en esa época...

Estacionó el coche en la plaza de Santa Ana y continuó escuchando la música que tantos recuerdos le convocaba... Cuando su compañera pasó a la clandestinidad, aquel Seat se convirtió en improvisado lugar de encuentro. Siempre había algún momento para poner una cassette de jazz... hasta que comenzó a darse cuenta de que ella se mostraba cada vez menos receptiva a la música. No quiso preguntarle el porqué. A fin de cuentas, es sabido que el jazz enamora a primera vista, pero que también induce abandonos viscerales. Lo importante era que, a pesar de ello, siempre encontraba relevistas dispuestos a que continuara su camino. Seguramente esta deserción se debía a que otro tipo de pasiones la iban absorbiendo. En cualquier caso, lo que más lamentó fue que su relación personal se fue paralelamente diluyendo: fue como si uno de ellos comenzara a no seguir el ritmo de la música que hasta ese momento acompañaba sus vidas. Finalmente, cuando ella accedió a un lugar importante en los engranajes del partido, dejaron de verse. Las nuevas circunstancias así lo aconsejaron.

"Jazz entre amigos" llega, por hoy, a su final... Nos despedimos con jazz de ahora mismo... y de mañana... Os dejamos con "Free Jazz", de Ornette Coleman... y la recomendación de Juan Claudio Cifuentes, Cifu para los amigos...

y de Paco Montes... de que seáis buenos... ¡Felices sueños para todos!

Caminó hacia la **cervecería** Alemana. Una pintada en la pared proclamaba: **CON FRANCO SE VIVIA MEJOR**, en el extranjero (había añadido alguien).

Se le había concertado una cita con alguien que él conocía. Por razones de seguridad, no le habían comunicado el nombre de la persona ni el propósito de la cita. Le reconfortaba saber que no pasaría mucho tiempo antes de que este tipo de encuentros dejaran de ser clandestinos (no se atrevía a pensar que un cuartelazo pudiera hacer regresar las aguas al molino, y allí las retuviera de nuevo).

A pesar de que ocasionalmente colaboraba con el partido, él no se consideraba un activista. En todo caso, pronto dejaría de serlo, al igual que muchos de sus camaradas. La legalización del partido, que todos intuían inevitable y próxima, daría nuevos cometidos, a los que habría que adaptarse. Se debería ejercer de político, un papel para el que no se sentía preparado. Era consciente de que la política no se hermanaba bien con la sinceridad. Él prefería decir llanamente lo que pensaba, a tener que esforzarse en pensar lo que decía. Se habría cerrado para él, así, un importante capítulo de su vida.

Por ello, cuando empujó la puerta acristalada de la **cervecería** lo hizo con la sensación de que estaba concluyendo su turno de trabajo, y de que el paso siguiente sería, por así decirlo, *fichar la salida*. De no ser por esa actitud, no hubiera podido explicarse por qué no experimentó ninguna emoción especial cuando descubrió que era precisamente ella, su en otro tiempo compañera de naufragio y salvación, quien le aguardaba.

Aquella noche, miles —¡cientos de miles!— de ciudadanos estarían pendientes de la televisión. Ya se estaban dando a conocer los primeros resultados del referéndum. El santo y seña de *Por el Imperio hacia Dios* estaba a punto de ser transformado en el lema *Por la Paz y la Libertad hacia el Futuro*. Le hubiera gustado celebrarlo con los viejos amigos del Whisky Jazz. Ellos ya habían sabido, a su manera, anticiparse a ese futuro.

Svi Géneris

Cuadernos de Jazz - 41

I. Francamente, si esperas pasarte unas buenas vacaciones de Semana Santa en Tenerife con tu familia, cogiendo un poco de color que alivie la forzosa y lúgubre tez blanquecina que le invierno prolongado provoca, y en las altas esferas alguien decide que no te vendría mal asistir a esas jornadas de gestión ejecutiva de seguros que, casualmente, tienen lugar en las mismas fechas en Chicago (USA), no puedes sentirte feliz. Y cuando me dieron la noticia, ya

cansado de antemano. Para colmo, junto a mí se sentó un anciano nervioso y parlanchín, que exorcizaba su pánico a las alturas relatándome los pormenores de una historia delirante que envolvía a unos primos suyos y al delegado del Gobierno. Aproveché una leve pausa en el momento del despegue para abrir con rapidez mi dietario y repasar las instrucciones del Gran Jefe:

Lecturas sugeridas para este mes:

Me aburría enormemente. La azafata anunció una película, y visto que el pelma del vejete volvía a la carga, pedí unos auriculares. Mala suerte: la había visto ya tres veces. Desesperado, me quedé dormido. Creo recordar que entre otras cosas soñé con un buzo sin ojos que pretendía medir el tamaño de mis pies con un cor-
del, dentro del agua.

Cuando me desperté, sobrevolábamos ya los Estados Unidos. El anciano me miró pálido, con una bolsa de papel entre las manos. Intuí lo que había estado haciendo todo el viaje, y sentí un molesto escalofrío. Pedí otro gin-tonic y me tomé una pildorita de flexiones de marra. Al poco tiempo, me sentí horriblemente mal, fatigado y dolorido; sobresaltado, miré el frasco: por error, me había tomado la de 100. Afortunadamente, entre el anciano y la azafata pudieron bajarme a tierra. Cogí un taxi, volé al hotel y caí agotado. No recuerdo más de aquel día.

Chicago Breakdown

(Advertencia: este relato se basa en hechos y situaciones absolutamente verídicos que nunca sucedieron)

casi con mi mujer y los niños dispuestos para ir haciendo las maletas, no me sentí feliz. Bien al contrario, me sentó como un sopapo seco e inclemente.

Bueno, tal vez pertenecer a una importante empresa nacional del sector, desempeñando además en ella un cargo de alta responsabilidad, conlleva estos inconvenientes. De acuerdo, pero ¿por qué yo? Hay docenas de tipos jóvenes en la compañía merecedores de promoción a los que un congreso así les sería de más utilidad que para mí, un perro viejo en el oficio. Tal vez lo concibieron como un premio o una compensación, porque el año pasado enviaron a Aguirre a Tailandia, a pasarlo requetebién. En todo caso, menudo acierto: no se me había perdido nada en Chicago, y me repateaba saber que Aguirre se marchaba de vacaciones a Palma mientras yo me veía obligado a escuchar tonterías de boca de hirsutos ponentes. Humm...

La noche previa a la salida discutí con mi mujer (nunca lo habíamos hecho con anterioridad a un viaje, para variar) y volvió a amenazar-me con lo de marcharse a casa de mi madre (no soporta a la suya), separarse y quedarse con los chicos (no sabe cuán feliz me harían ambas cosas). Dormí mal y me dolía la cabeza. Para colmo, el Sporting perdió 2-1 con un equipo desconocido. Hay días...

Subí al avión con desgana. La perspectiva de pasar tantas horas ahí arriba me hacía sentirme

"La Cultura de la satisfacción", J.K. Galbraith (Cuidado: tipo peligroso y radical; pero lo leen los políticos: conocer.)

"Negociar y gestionar conflictos", B. Lara (Editado por la competencia, pero válido.)

"El Maestro de esgrima", A.P. Reverte (Ficción; úselo para opinar luego que le gustó más que la película. Después vea la película.)"

Sombrias perspectivas, pensé. En mi maletín, hallé las pildoras de colores que Otero me recomendó: de forma milagrosa, al ingerirlas el cuerpo experimentaba un efecto similar al de realizar un determinado número de flexiones: azul, 15 flexiones; verde, 30; rojo, 50; negro, 100. ¡Fantástico! Uno podía bajar barriga sin ni siquiera mover un músculo... Para celebrarlo, pedí a la azafata un gin-tonic y encendí un cigarillo; alguien me golpeó con fuerza en la cabeza y me gritó: ¡No fumadores!

Ojeé un folleto: Chicago, en total algo más de ocho millones de habitantes, tercera aglomeración USA, gran centro comercial e industrial, nudo de comunicaciones. Importantes museos y escuela arquitectónica. Escuela económica. Blues y Jazz... Excitante panorama. Tal vez pueda ver a los Bulls, pensé, y llevarle a mi hijo mayor una foto dedicada del tal Jordan. Cansado de datos, abrí uno de los libros por un lugar al azar:

"Los efectos de sinergia resultantes de la fusión entre las dos sociedades permitirán una mejor penetración en el mercado, al mismo tiempo que la reducción de gastos generales, economías de escala, etc."



II. Chicago me pareció una ciudad poco hospitalaria, con edificios inmensos y muy bonitos, pero gris y fría, muy fría: soplaban un viento de mil demonios. La gente pasaba a tu lado casi corriendo, embutida en sus abrigos y con cara de pocos amigos. Había que pagar por todo, y para colmo el tipo que me vendió el cursillo de inglés para ejecutivos me engañó: no lograba entender ni una sola palabra, y cuando, perdido cerca de mi hotel, me dirigí a un mendigo con un "Excuse me, sir, my asking you, but, could you tell me...?" me miró sin dejarme acabar de arriba abajo y se largó sin decir nada. Intolerable...

(formato CD)

1.700 Ptas.

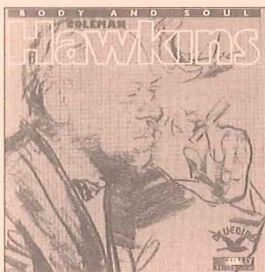
Páginas escogidas de la historia del jazz, documentadas con gran lujo de detalles y servidas con el mejor sonido que permite la técnica actual:

¡NOVEDAD!

- Ref. BLB016** Tito Puente (Puente Goes Jazz). 1956.
Histórica grabación en la que la Big Band del fenomenal percusionista funde dos músicas tan intensas como la cubana y la de jazz para obtener un resultado doblemente emocionante.

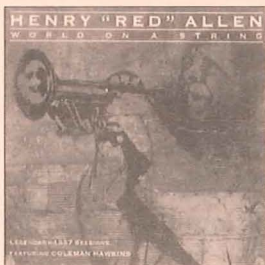
Además, TRES OBRAS MAESTRAS:

- Ref. BLB001** Coleman Hawkins (Body And Soul). 1939.
Pieza clave para el desarrollo del saxofón tenor y para el rápido avance de todo un concepto de la improvisación.



- Ref. BLB002** Charlie Mingus (New Tijuana Moods). 1957.
Uno de los discos favoritos del propio Mingus, que en esta edición regala, además, interesantes tomas alternativas.

- Ref. BLB005** Henry "Red" Allen (World On A String). 1957.
Junto a Coleman Hawkins: dos genios dando lo mejor de sí mismos.



Otras referencias imprescindibles:

- Ref. BLB003** Sonny Rollins (On The Outside).
Ref. BLB013 Johnny Hodges (Triple Play).
Ref. BLB017 Gillespie y otros (The Bebop Revolution).
Ref. BLB018 Chet Baker (The Italian Sessions).
Ref. BLB019 Django Reinhardt (Djangology 49).
Ref. BLB020 Ornette Coleman (Forms And Sounds).
Ref. BLB021 Sidney Bechet (Bluebird Sessions).
Ref. BLB022 Gil Evans (Plays The Music Of Jimmy Hendrix).

(formato CD)

1.700 Ptas.

Piezas valiosas de los más grandes músicos siguen vivas en los archivos de este sello histórico:

¡NOVEDAD!

- Ref. IMP012** Dizzy Gillespie (Swing Low, Sweet Cadillac).
Se nos fue, pero nos dejó su recuerdo y muchas horas de música para disfrutar. Este disco quizá es uno de los más divertidos que nunca grabase. Seguro que le encantaría que todos esbozásemos una sonrisa mientras lo escuchamos.

- Ref. IMP013** John Coltrane (Dear Old Stockholm). 1963.
Con McCoy Tyner, Jimmy Garrison y... Roy Haynes, batería que da a la música coltraniana otra dimensión, otra intensidad quizá más sutil. En cualquier caso se trata de una aportación fundamental a la discografía del maestro.

- Ref. IMP014** Ben Webster (See You At The Fair).
No hay argumento que pueda derribar a Webster del pedestal de gigante del saxo tenor. El goce de su inconfundible estilo se prolonga en esta edición gracias a tres piezas no aparecidas en la original.



- Ref. IMP015** Max Roach (Percussion Bitter Sweet). 1961.
Ya considerado piedra angular de la percusión moderna, Roach se reunió con Eric Dolphy, Booker Little, Mal Waldron y Abbey Lincoln, entre otros, para grabar este disco con fama de legendario.

Además:

- Ref. IMP002** Keith Jarrett (Silence).
Ref. IMP004 Oliver Nelson (Sound Pieces).
Ref. IMP006 Coleman Hawkins (Wrapped Tight).
Ref. IMP008 McCoy Tyner (Today And Tomorrow).
Ref. IMP009 Johnny Hodges (Everybody Knows Johnny Hodges).
Ref. IMP010 Betty Carter (I Can't Help It).

4 CDs 6.200 Ptas.

- Ref. IMP011** John Coltrane (Live In Japan). 1966.
Jazz denso, pétreo e intenso, es el contenido de este cuádruple CD. Junto a Coltrane ya no están sus compañeros habituales, pero el saxofonista redobla esfuerzos y regala expresión descarnada y siempre emocionante.

MAGNETIC



Gigantes del jazz en concierto. Música nunca antes editada o llevada a formato de disco compacto.

(formato CD)

1.900 Ptas. sencillo / 3.800 Ptas. doble

Ref. MAG001 (doble)

Sonny Rollins & Ornette Coleman. París, 4 de noviembre de 1965. El gran solista y el ideólogo fértil reunidos en un mismo concierto al frente de sus respectivos tríos.

Ref. MAG002

Thelonious Monk. Este disco, grabado en Berna el 10 de mayo de 1961, resulta ideal para complementar las famosas sesiones parisinas de aquel mismo año. John Coltrane. Largas y emocionantes versiones de temas como Mr. P. C., Impressions o My Favorite Things, ofrecidas por el cuarteto clásico de Coltrane en Graz (Austria) el 28 de noviembre de 1962.

Ref. MAG004

Sonny Rollins (Live In Paris, 19 de enero de 1963). Con Don Cherry.

Ref. MAG005

Sonny Rollins (Live In Europe, 1 y 2 de noviembre de 1965).

Ref. MAG006

Miles Davis (Transition, 1961 y 1963). Con Hank Mobley y George Coleman.

Ref. MAG007 (doble)

Miles Davis (Manchester, 27 de septiembre de 1960). Con Sonny Stitt.

Ref. MAG008

John Coltrane (The Complete Copenhagen Concert, 20 de noviembre de 1961). Con Eric Dolphy.

Ref. MAG010

John Coltrane Quartet (Stockholm '62). The Complete Second Concert Vol. 1.

Ref. MAG011

John Coltrane Quartet (Stockholm '62). The Complete Second Concert Vol. 2.

Ref. MAG012

Kenny Dorham Quintet (Live At The Half Note 1966). Con Sonny Red, Cedar Walton, John Ore, Hugh Walker. 25 de febrero de 1966.

Nunca antes editado.

FRESH SOUND / COOL 'N' BLUE

(formato CD)

1.750 Ptas.

¡NOVEDAD!

Ref. FS025

Stan Getz (Getz In Boston), 1953, Vol. 1. Grabaciones inéditas realizadas en el club Hi Hat de Boston. Su gran interés histórico reside en que constituyen el único testimonio disponible del asombroso nuevo quinteto de Getz, con el extraordinario Bob Brookmeyer al trombón, en uno de sus primeros conciertos. La música se comenta por sí sola.

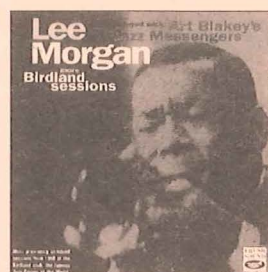
Ref. FS026

Stan Getz (Getz In Boston), 1953, Vol. 2.

Ref. FS027

Lee Morgan (More Birdland Sessions), 1960.

Quien conozca la formidable música contenida en un volumen anteriormente publicado por este mismo sello (Unforgettable Lee), no dudará un momento en adquirir éste. Morgan dentro de los Jazz Messengers, en una edición de auténtica solera completada por Wayne Shorter, Bobby Timmons, Jimmy Merrit y, por supuesto, Art Blakey. Piezas inéditas.



Otros discos muy recomendables:

Ref. FS015

Bill Evans (The 1960 Birdland Sessions). Evans inédito.

Ref. FS018

Kenny Dorham (The Arrival Of Kenny Dorham).

Ref. FS020

J. R. Monterose (The Message), con Tommy Flanagan.

Ref. FS021

Joe Gordon & Scott LaFaro (West Coast Days).

Ref. FS005

Pepper Adams (Adams Plays Mingus). Excepcional.

Ref. FS024

Art Pepper (In San Francisco, 64).

Ref. FS011

Art Pepper (Laurie's Choice). Temas inéditos.

Ref. FS001

Miles Davis (Cool Boopin').

Ref. FS003

Miles Davis (Birdland Days).

OWL / MUSE

(formato CD)

2.100 Ptas.

¡NOVEDAD!

Ref. OW001

Jimmy Giuffre, Paul Bley & Steve Swallow (Fly Away Little Bird). Después de los dos excepcionales volúmenes que marcaron el histórico reencuentro de estos tres grandes improvisadores, vuelve toda la magia de la creación espontánea en esta colección de originales y clásicos, como I Can't Get Started, All The Things You Are o Lover Man.

Ref. OW002

Steve Lacy & Gill Evans (Paris Blues). Música de Mingus, Ellington y de los propios Evans y Lacy. Disco imprescindible para entender las personalidades de dos artistas totales: instrumentistas brillantes y pensadores originales. Dos genios.

Ref. OW003

Dave Liebman (Spirit Renewed). Si hay un músico que pueda darle la réplica a Steve Lacy, éste es Dave Liebman, otro especialista del saxo soprano que aquí, muy bien acompañado por Eddie Gómez al contrabajo y Bob Moses a la batería, ofrece una obra seria, rigurosa y emocionante.

Además:

Ref. OW004

Paul Bley, Jimmy Giuffre & Steve Swallow (The Life Of A Trio: Saturday).

Ref. OW005

Paul Bley, Jimmy Giuffre & Steve Swallow (The Life Of a Trio: Sunday).

Ref. OW006

Michel Petrucciani (Cold Blues), con Ron McClure.

Ref. OW007

Michel Petrucciani (Date With Time).

MUSE

Ref. MU001

Wallace Roney (Seth Air). Heredero del estilo introspectivo pero intenso de Miles Davis, Roney avanza a grandes zancadas para alcanzar un lenguaje propio. Este soberbio disco en quinteto así lo demuestra.

Ref. MU002

Hank Jones (Bop Redux). A Jones se le suele asociar con la elegancia, con la expresión contenida, con el swing fluido, con la claridad de ideas... en resumen, con la quintaesencia del piano del jazz. En esta joya de disco le acompañan dos músicos de su misma altura: George Duvivier al contrabajo y Ben Riley a la batería.

DIW

(formato CD)

2.600 Ptas. Sencillo / 4.500 Ptas. Doble

Ref. DIW017 Lester Bowie's New York Organ Ensemble (Funky T. Cool T.). 1992. El último producto ideado por la inquieta y fértil mente de Lester Bowie. El grupo es el de gala: Amina Claudine Myers, Steve Turre, James Carter...

Ref. DIW018 David Murray Quartet + 1 (Fast Life). 1992. Ese enigmático quinto miembro es nada menos que Branford Marsalis. Dos de los mejores saxofonistas de la actualidad, reunidos con la espléndida compañía de John Hicks, Ray Drummond e Idris Muhammad. Todo un lujo.



ADEMÁS:

Ref. DIW001 David Murray (Special Quartet).

Ref. DIW002 Art Ensemble Of Chicago (Ancient To The Future).

Ref. DIW008 Art Ensemble Of Chicago (Naked).

Ref. DIW009 Art Ensemble Of Chicago (Alternate Express).

Ref. DIW007 (Doble) Art Ensemble Of Chicago (Complete Live In Japan).

Ref. DIW016 Art Ensemble Of Chicago With Cecil Taylor (Thelonious Sphere Monk).

Ref. DIW010 Art Ensemble Of Soweto (America-South Africa).

Ref. DIW012 Lester Bowie's New York Organ Ensemble (The Organizer).

Ref. DIW021 Geri Allen (Live At The Village Vanguard).

Ref. DIW004 David Murray (Deep River).

Ref. DIW005 David Murray (Lovers).

Ref. DIW006 David Murray (Remembrances).

NOVUS

(formato CD)

2.400 Ptas.

¡NOVEDAD!

Ref. NO001 Marcus Roberts (If I Could Be With You). Quinto disco de Marcus Roberts y tercero que graba a piano solo. Toda la historia del jazz parece anidar en las manos dulces pero firmes de este formidable heredero de las tradiciones más valiosas.



Ref. NO002 Danilo Pérez (Danilo Pérez). El pianista preferido en los últimos años de Dizzy Gillespie debuta con un disco abierto y audaz, orientado hacia el jazz contemporáneo y sazonado con unas gotas de sabor latino. Le acompañan músicos tan importantes como Joe Lovano, Jack DeJohnnette y Rubén Blades.

Ref. NO003 Steve Coleman (Drop Kick). Cabeza visible y pensante del movimiento M-Base asentado en Brooklyn, Coleman sigue progresando en la investigación de las raíces comunes de las músicas negras; el resultado nunca deja indiferente. Uno de los músicos de verdad importantes del fin de siglo.

Además:

Ref. NO004 Antonio Hart (Don't You Know I Care).

Ref. NO005 Roy Hargrove (The Vibe).

Ref. NO006 Carmen McRae (Sarah, Dedicated To You).

Ref. NO007 Delfeayo Marsalis (Pontius Pilate's Decision).

Ref. NO008 Peter Erskine (Sweet Soul).

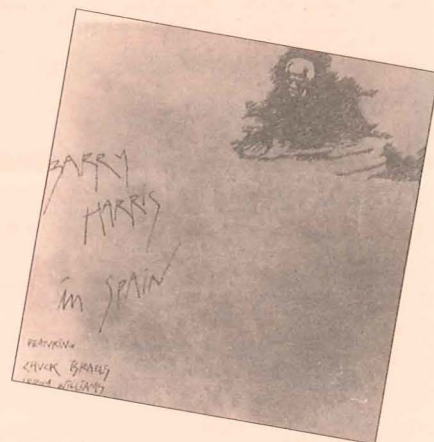
Ref. NO009 Steve Lacy Sextet (Live At Sweet Basil).

Ref. NO010 Steve Lacy & Mal Waldron (Hot House).

¡OFERTA ESPECIAL A LOS LECTORES DE CUADERNOS DE JAZZ!

Una pieza de coleccionista desde el momento mismo de su edición

Sólo los grandes maestros de la música son capaces de convertir un estudio de grabación en una caja de sorpresas. Apenas unas horas le bastaron a Barry Harris para componer las cinco piezas originales y reinventar los dos clásicos que integran este disco grabado en Madrid en una noche especialmente inspirada. La creación espontánea y el ambiente relajado dominan la sesión que, sin duda, acercará aún más al aficionado la figura de un músico ya de por sí entrañable.



Ref. NB001 Barry Harris in Spain. 1.975 Ptas.

GRP

(formato CD)

2.400 Ptas.

¡NOVEDAD!

Ref. GR017

Yellowjackets (Like A River).
Cedemos la palabra para que hablen los propios miembros de este grupo bandera de la fusión: "Hay veces que existe un deseo de ofrecer algo más que música, una necesidad de expresar algo en un lenguaje menos abstracto. El río era una buena metáfora para describir el viaje que representa este disco".



Ref. GR018

John Patitucci (Heart Of The Bass).
El excepcional bajista domina su instrumento absolutamente, tanto en la versión eléctrica como en la acústica. En este disco se centra en su Yamaha de seis cuerdas y se pone al frente de una gran orquesta. El diálogo entre ambas fuerzas es nuevo y sugerente.

Este sello creado por David Grusin y Larry Rosen en 1982 mima cada nuevo disco como si fuese el primero que edita. En su catálogo cabe desde la mejor fusión al blues más añejo.

Ref. GR001

The Brecker Brothers (Return Of The Brecker Brothers).
Diez años después de la separación, Michael y Randy Brecker regresan en plenitud de facultades para mostrar todo lo aprendido en sus respectivas carreras en solitario.

Ref. GR005

B.B. King (Live At The Apollo).
Ganador de un premio Grammy, este disco presenta al rey del blues como si los años no pasaran por él. Contiene formidables versiones de clásicos como Sweet Sixteen y The Thrill Is Gone.

Ref. GR006

Arturo Sandoval (I Remember Clifford).
Sentido homenaje del trompetista cubano al inolvidable Clifford Brown.

Ref. GR 007

Chick Corea Elektric Band (Beneath The Mask).
Cada nuevo disco de Corea, ya sea en formación acústica o eléctrica, habla de un enorme talento como instrumentista y de una sobresaliente capacidad para componer música sugerente. Esta es su última maravilla.

Correo postal a:

Cuadernos de Jazz Editores, S. L. - Fray Luis de León, 18 - 4º dcha. B - 28012 Madrid
Tel.: (91) 528 76 62 - Fax: (91) 530 04 39

PEDIDO MINIMO POR IMPORTE DE 5.000 Ptas.

Sello	Ref.	Unidades	Importe	Sello	Ref.	Unidades	Importe

Gastos de envío: OPCION A: Por correo postal, añadir 600 Ptas. al importe del pedido.
(Por el mal funcionamiento del correo, Cuadernos de Jazz Edit. no se hace responsable de roturas ni pérdidas).
OPCION B: Por agencia de transportes, gastos por cuenta del destinatario, a cobrar en su domicilio.
Pedidos superiores a 15.000 Ptas. envío gratuito.

Total importe _____ (Ptas.) Envío: Opción A ☐ Opción B ☐

▪ Cheque nominativo a Cuadernos de Jazz Editores por pesetas: _____

▪ Giro postal Nº _____ por pesetas _____

▪ Con cargo tarjeta de crédito ☐ VISA ☐ MASTER CARD

Válida hasta _____ / _____ / _____ Nº _____ / _____ / _____ / _____

FIRMA _____

Nombre _____

Apellidos _____ Teléf. _____

Dirección _____

CP _____ Ciudad _____

Provincia _____

El congreso, huelga decirlo, resultaba insoportable. Entiéndanme, adoro mi profesión (o al menos así creo), pero no soporto a esos tipos listos con cara de lechuguino empollón que intentan convencerte de lo listo que ellos son y lo tonto que tú eres. Hice rápida amistad con un italiano tan gris y aburrido como yo y decidimos irnos ambos de farra la segunda noche, a lo que surgiera. Una azafata del congreso nos sugirió un par de garitos y allí nos fuimos. Antes de la medianoche, Chicago contaba con un volumen considerablemente menor de reservas de whisky, y nosotros habíamos olvidado del todo el amargo soniquete rutinario de la jornada vespertina. Yuupiii...!



III. Por desgracia, el alcohol nos hizo extrañar el camino, y terminamos vagando de forma errática y escandalosa por calles semioscuras y lóbregas. De vez en cuando algunos coches se nos acercaban, y de uno de ellos salieron unos tipos grandes y negros con palos, y lo que intuimos, pese al mareo, como una notable dosis de mala intención. Agarré del brazo al italiano y salimos pitando de allí.

Dos calles más adelante ví una especie de edificio grande tipo hangar, con un portalón iluminado y signos de vida en su interior. Desconcertado, leí como pude un letrero grande sobre aquél: AACM-Association For The Advancement of Creative Musicians, Chicago. Algún club social, pensé, tal vez haya policías o guardas de

seguridad. Hice señas a Gino y corrimos hacia la puerta. Otro negro, éste de aspecto apacible pero disfrazado de santurrón africano, contempló con curiosidad nuestros immaculados trajes y corbatas y dijo con una sonrisa burlona:

– Press? C'mon get in, men.

En el interior, el panorama era alucinante. Sobre un escenario, un tipo con bata blanca de médico y barba de chivo soplaba una trompeta de manera chillona e insoportable, lo cual parecía encandilar a un público mayoritariamente ataviado como el fulano de la puerta. Había mucho humo, y nadie nos prestaba atención. Pregunté al italiano qué demonios podía ser todo aquello. ¿Una secta, un grupo de coros y danzas?

– Es jazz. Esos tíos tocan jazz.

¿Jazz?, pensé. Hasta ese momento, tal palabra no significaba mucho para mí. Más bien nada: unos tipos negros haciendo un ruido infernal y molesto. Para colmo, nunca cantan, y mi cuñado creo que me dijo un día que en los conciertos tienes que aplaudir todo el rato y esperar a que todos toquen su parte una o varias veces para que se acabe la canción. Vamos, un coñazo. Así que no sabía que sería peor, aquéllo o los gamberros de las porras. En fin, al menos había una barra y bebida en aquella especie de fiesta. Busqué a Gino, pero ya estaba ligando con una chiquita preciosa. Caminé tambaleándome hacia la barra y entonces vi, sentado en solemne quietud y con la mirada perdida hacia el infinito, a un negrote inmenso vestido de sacerdote galáctico, o algo así. Divertido, me acerqué a él y le saludé, esbozando la mejor de las sonrisas.

– Ho... How... Hoow d'ye dooo, sir?

No respondió. Me miró con fijeza y luego volvió a perder la vista en el más allá. Observé entonces que escuchaba música a través de unos pequeños auriculares.

– Ca... Ca... Can I...?

Envalentonado por mi ebriedad, cogí los auriculares y escuché: era música así como de Bob Marley, reggar.

– Wha... what's your na... name?

El tipo parecía cada vez más mosqueado. Agarró sus pertenencias con brusquedad y dijo:

– Ra. My name is Le Sun Ra. And you're a dirty motherfucker.

Pese a no entender un pimiento, intuí que mi presencia no era deseable. Esboqué un torpe ademán de excusa y me escurrí hacia lo que parecían ser los servicios. El tipo de la bata ya había dejado de contorsionarse estúpidamente sobre el escenario, y había desaparecido. Le hallé en los lavabos. Allí estaba también Gino, dándose el gran lote con la chica y fumando un enorme cigarrillo apestoso.

– ¡Eh, spagnuolo! ¡Te presento a Donna! ¿Sabes? Es una fiesta, celebran los 30 años de no sé que ACM o AACM. Llevan tocando todo el día. ¡E viva el jazz! Yuupiii...!

Aquello resultaba delirante. Logré arrastrarme hasta un inodoro y me desparramé junto al tipo de la bata blanca y la trompeta, que a la sazón orinaba a mi lado y me miraba con una gran sonrisa.

– Hey, man. You've been drinking a lot tonight, haven't you? Take it easy, man, life is so long...

Contesté algo que ahora no recuerdo, tal vez sólo balbuceos. El tipo seguía riéndose y al marcharse me dio una palmada en el hombro y dijo:

– Glad to meet you, man. My name is Bowie. Lester Bowie.

– Antonio González, encanta... - E irremisiblemente mareado, perdí el conocimiento y caí redondo.

Epílogo/ No me extenderé en relatar el resto de lo que sucedió aquella semana. El italiano y yo, víctimas de una galopante congestión etílica, hubimos de permanecer en el hotel todo el tiempo. Llamé a casa y mi mujer me contó que el niño pequeño se había comido todas las colillas de un cenicero y tuvieron que llevarle a un hospital, para lavarle el estómago. Enternecedor. Contemplé el gris neblinoso de la calle ahí fuera. Deseaba abandonar aquel infierno cuanto antes.

Al fin, regresamos. Mi compañero de viaje, en este caso, fue un tipo divertido y dicharachero de Pontevedra que olía a queso. Todo parecía ir bien hasta que, aterrorizado, vi venir hacia mí por el pasillo al tío de la bata blanca, ahora vestido con un chillón traje morado. Me reconoció y se dirigió sonriente a donde estaba.

– Why, man! nice to see you again. You remember me? I helped send you to the hospital the other day!

El tipo iba con su grupo, unos tal Art Ensemble, a tocar a Madrid, e insistió en que dejaría unas entradas a mi nombre en la puerta.

Creo que iré al concierto. A fin de cuentas el fulano se portó bien conmigo y tal vez conozca a Michael Jordan y pueda conseguirme, quién sabe, el autógrafo que no pude traerle a mi hijo, con el rollo de la cefalea en el hotel.

[Gracias a Luis Miguel Rubio por sus sugerencias y sus ilustraciones]

Mario Benso.

Stizzy

Stizzy, el loro de Ray Guadalupe, tuvo un mal final. Y tan solidario fue el comportamiento luctuoso del amo, que la trágica suerte del bicho le acompañó. Hasta el momento en que una estúpida puta asesinó involuntariamente al loro, Ray había sido un extravagante saxofonista mexicano que se ganaba la vida tocando jazz en Nueva York. Pero la visión del cuerpo muerto del loro, ese cuerpo retorcido y roto, esa cabeza completamente vuelta del revés, ese pico dejando escurrir una hilacha de sangre entre las alas, esa desoladora certeza del compañero inmediato asesinado, convirtió al saxofonista en un feroz vengador justiciero.

Ray Guadalupe disparó los seis tiros de su revólver contra la puta que había matado a su loro. La puta murió instantáneamente, tan instantáneamente como había muerto Stizzy.

La verdadera culpa del doble crimen hay que achacársela a una tonta manía del loro. Hasta los animales tienen ese tipo de manías que salen demasiado caras. El ruido y el fragor humano del público en las canchas deportivas provocaba en Stizzy un estado de horror ciego. Cuando su amo Ray, en su modesto apartamento neoyorquino de la calle 42, encendía el televisor para ver los partidos de *basket*, el loro saltaba revoloteando desde lo alto de su aro y corría a esconderse en el interior de la bañera. Acurrucándose contra el fondo de esa trinchera, Stizzy intentaba silenciar la lejana bulla procedente del *basket* televisado. Stizzy se tapaba la cabeza con las alas, con unas majestuosas alas de brillantes plumas azules, rojas, negras y plateadas.

Eso había sucedido tarde de *basket* tras tarde de *basket*, pero en la fatídica tarde de

autos no pudo ser así. Todo ocurrió de la peor manera. Jessy Angora —así decía llamarse la prostituta que horas antes había cumplido profesionalmente los deseos sexuales de Ray— se encontraba tomando plácidamente un baño cuando Stizzy irrumpió a lo loco en el cuarto, se abalanzó hacia el interior de la bañera y cayó entre los enjabonados pechos. Jessy, asustada por la repentina acometida del bicho, se defendió sacando un brazo de debajo del mar de espuma y largando un fuerte manotazo. Stizzy tuvo la mala suerte de salir despedido por el aire y chocar contra el borde del lavabo. El cuello se estrelló contra la loza. Desnucado, el bicho se desplomó sobre las frías y húmedas losetas.

Hasta aquella fecha nefasta en que el saxofonista de jazz descubrió a su loro tendido sin vida en el suelo del cuarto de baño y disparó seis balazos contra una aterrorizada e incrédula pelandusca latina, Ray Guadalupe no sospechó que los irrefrenables ataques de paranoia de su exótico pajarraco pudieran desembocar en algo tan terrible. Aunque también es cierto que Ray, con un breve pero irritado encogimiento de hombros, respondía a todas y cada una de las espantadas del loro cada vez que se disponía a ver un partido de *basket*. “Gallo que se raja en gallera ajena, gallo que lo ultiman a la primera”, solía decir el saxofonista de jazz.

Músico y loro se conocieron de manera fortuita. Fue un gélido anochecer de enero, cinco años atrás. Caminando despreocupadamente por la Quinta Avenida, Ray se dirigía a tocar en el Spoonful Hot Hut cuando fue sorprendido por un impertinente parloteo musical. A pesar de la tremenda helada que estaba creyendo, en la puerta de una pajarería, un vis-

toso loro canturreaba: "Salt peanuts, salt peanuts, salt peanuts..." Y sin pensarlo dos veces, el saxofonista mexicano entró en la pajarería y preguntó por el ave, por su pasado y por su precio. Aparte de los ciento veinte dólares que le pidieron por el animal, poco fue lo que Ray sacó en claro. Dos días más tarde, con parte del dinero prestado por un batería negro, risueño y californiano, un monstruoso batería que era capaz de sacar música hasta del goteo de un grifo, y con la otra parte obtenida con un adelanto del club, Ray Guadalupe regresó a la pajarería de la Quinta Avenida y compró el loro, que en honor a Dizzy Gillespie, recibió el nombre de Stizzy.

Con bastante frecuencia, el jazzista mexicano solía aparecer en el Spoonful Hot Hut con el saxo enfundado y colgando del hombro derecho y con Stizzy clavando férreamente los córneos garfios de sus garras en el hombro izquierdo. Mientras estaba en escena, tocando con su grupo, The Four Bravos, Ray dejaba al loro encima de la barra del club.

La noche anterior al trágico final, Stizzy fue depositado en el sitio acostumbrado y Ray subió a tocar con sus compañeros. El saxofonista mexicano estuvo especialmente inspirado en sus solos y en todo lo que tuvo que ver con la añeja melodía *Lady Be Good*.

Sus compañeros también tocaron en una especie de estado de gracia. The Four Bravos sonaron como los ángeles.

La mano izquierda de Jay Jardiles, un joven y soberbio pianista de Veracruz, atacó oscuros y enigmáticos acordes de Thelonious Monk, pero la mano derecha arpeggió con la suntuosa y sofisticada solemnidad de Ellington. Mientras

Jardiles tejía un terciopelo púrpura, Guadalupe sopló auroras de los tristes trópicos.

Herman Stein era un judío berlinés que había llegado a Nueva York huyendo de la reunificación alemana tras la caída del muro. Su contrabajo sonaba como si un joven Charles Mingus se deleitara comiendo gambas y bebiendo champán a orillas del Hudson. Espoleado por este pulso exquisito e hipnótico, Ray sopló notas hermosas con suntuosa facilidad.

Pero la fuerza más decisiva vino de Johnny Biceps Mancuso, un barriobajero baterista de Brooklin, un macarra capaz hasta de hacer cantar al ritmo de sus baquetas un scat a los pedruscos presidenciales del monte Rosmore. Al tiempo que Biceps Mancuso percutía su orfeón geológico, Ray recitaba con su saxo fragmentos de Popol Vuh.

Y mientras aquellos prodigios jazzísticos ocurrían en el escenario del Spoonful Hot Hut, otras aventuras mundanas tenían lugar en el local. La señora Catherine Fulbright, un ejemplar con pedigrí de la más fina sociedad neoyorquina, apoyó el codo de uno de sus brazos en la barra. Inoportunamente precisa fue la señora al aplastar con su aristocrático codo buena parte de la pata izquierda de Stizzy.

—Putra, Ray —chilló el animal—. Putarra, putarrón, puta, Ray, Raay, Raaay. Putarra, puutarrón, puuuta, Raaaay...

La elegante señora Fulbright, enarbolando el bolso de mano, intentó acallar a golpes la irracional respuesta de Stizzy. A punto estaban los Four Bravos de finalizar su pletórica interpretación de *Lady Be Good*, cuando el líder del grupo se percató del peligro que corría su loro. Ray saltó inmediatamente del escenario y

se metió en la trifulca.

—Ahorita se me queda quieta, vieja. Ahorita, no más, aquí te quedas de piedra, vieja pendeja. Tantito se me da quien sea la marquesa, pero nadie le toca una sola pluma al loro de Ray Guadalupe. Aquí está un cuate dispuesto a reventarle el caché a la señorona gringa. Acabado el altercado, la señora Fulbright recibió una catarata de excusas del encargado del Spoonful Hot Hut y le fue prometida una contundente reparación. Ray Guadalupe y sus Four Bravos fueron despedidos del local. Tras abrazar a sus soberbios compañeros, con el saxo colgando de un hombro y el loro encima del otro, Ray regresó a casa.

Al llegar al apartamento, como el jazzista mexicano estaba absolutamente deprimido, pidió por teléfono que le fuera enviada a casa una puta latina.

Apareció Jessy Angora. Y al fin y a la postre, resultó peor el remedio que la enfermedad.

Ray folló con Jessy durante toda la noche, durante la mañana y durante una buena parte de la tarde. Al llegar la hora del basket, el saxofonista mexicano recuperó el ritmo habitual de sus entretenimientos y se sentó delante del televisor. Jessy Angora decidió tomar un baño. El loro Stizzy no pudo controlar su locura animal y salió de espantada hacia la bañera. Jessy hizo lo que hizo. Stizzy murió como murió. Y Ray Guadalupe, en un exceso de amor animal por la vida de un loro y en un desprecio absoluto de la vida humana, aunque se trate de una compadecible prostituta latina, fue sentenciado a cumplir cadena perpetua en una prisión federal.

Pedro Calvo

Jam-Session

EN PARÍS, TAMBIÉN EL JAZZ ERA UNA FIESTA

A las once de una noche de primavera de 1968, en un pequeño local del Barrio Latino de París...

Klook anunció: "Madames, Messieurs, good evening. Voici les musiciens: Mister Stan Getz au saxophone ténor..., Monsieur Patrick Lafont à la trompette..., au piano, Mister Joe Turner..., Monsieur Pierre Michelot à la contrabasse... My name is Kenny Clarke... Et maintenant, *April in Paris*".



Mientras actuaba, Patrick Lafont hacía un análisis de sus sensaciones.

La he descubierto detrás del solo de Joe. Entonces he tenido la impresión de que el piano dejaba de sonar, y de que la música se transformaba en una percepción visual. Acaso es la presencia de esa mujer que está sentada frente a mí la que anula mi voluntad para centrar la atención con otra cosa que no sea su imagen. Su descubrimiento ha sido como un relámpago que me ha deslumbrado hasta dejarme sordo. Por eso he fallado la entrada tras el coro de Turner. Klook insiste dos veces en el *charleston* antes de devolverme a la realidad; es mi turno. Inicio mi coro como puedo, pero hacia el compás decimocuarto, incapaz de continuar; miro desesperado a Getz. Stan ha sabido comprender que estoy en apuros y su saxo me toma el relevo en el compás decimosexto. Klook se ha dado cuenta de que me encuentro contra las cuerdas. Por un momento sus ojos cobran vida y parecen

decirme: "¿Qué es lo que te pasa, muchacho?". Después ha dejado que su mirada se ausente de nuevo. Kenny voltea la lengua mientras toca, la aparca en la comisura de los labios como si fuera una colilla y queda traspuesto, la mirada vuelta hacia algún rincón de aquella música cuyo compás subraya. Ese *klook-klook* que consigue del *charleston* es mi referencia infalible cuando me encuentro perdido, como ahora mismo. Me ha invadido una desolación interior que me aprieta la garganta y me agarrota los dedos al emboquillarme la trompeta. Me siento incapaz de articular una nota... Es una sensación que no es nueva para mí. Aparece cíclicamente desde que quise ser músico de jazz, cuando trataba de encontrar un sonido adecuado. Experimenté durante años, y finalmente lo descubrí en la trompeta de otro. Cada vez que lo recuerdo tengo la

impresión de estar tocando con una trompeta de alquiler; es mi secreta tragedia cotidiana. Pero esa sensación también hace que en los peores momentos consiga desprenderme de mí mismo, como si fuera otro, su propietario auténtico, el que moviese los pistones del instrumento. Ese otro es como un espejo que me permite reencontrar mi propia imagen. En él he debido ahora mirarme para poder hacer frente al intercambio de compases tras el *break* de Klook... Me dejo llevar por las pompas de jabón que se desprenden del saxo de Getz. Invadirán el club y deberemos reventarlas si no queremos ser sepultados por ellas. Yo lo haré con mi trompeta. Si, créeme, Stan, cada una de mis notas es una bala de cañón que irá directamente a tus burbujas. Me gustan sus reflejos iridiscentes, pero son tan acuosas que me hacen sentir húmedo... Cada uno de mis compañeros me hace sentir de manera diferente. Es una sensación casi táctil. La música que me llega impregna mi piel; la respiro por cada poro de mi cuerpo. Ahora mis intervenciones se hacen mecánicas; esos clichés que

se almacenan en la retaguardia para cuando uno se encuentra desbarbolado. La aparición de esa mujer se ha instalado en mi pensamiento. No puedo apartar mis ojos de los suyos, ni siquiera cuando los aplausos rubrican la conclusión del tema. En ese instante ella se ha levantado de su asiento y yo he podido regresar de nuevo al piano de Turner, que inicia *Honeysuckle Rose*. Felizmente interviene en solitario, como a él le gusta y algunos preferimos. Joe no es un pianista de grupo; se desenvuelve mejor en la intimidad



de las piezas tocadas sin acompañamiento. Él es un maestro del *stride*, ese estilo musical, heredado del *ragtime*, tan desenfadado que hace parecer demasiado formales a los demás estilos jazzísticos. Me agrada tu música, Joe, pero, compéndelo, prefiero escucharla cuando actúas en solitario en La Calavados. Me gusta la suprema elegancia con que te enfrentas a tus temas de otra época; admirar tus negros zapatos de charol tan brillantes como el lacado del piano; contemplar tus ojos de libélula encendidos por la brasa del *habano* que sostienes con tu sonrisa. No te enfades, amigo, pero te miro un poco con el escepticismo con que contemplo a Milton Mezz Mezzrow, que continúa intentando autoconvencerse de que siempre renegó de ser blanco. Tú reniegas, a tu manera, de la música que ahora tocamos. Nos impones tu *stride*, y eso es ir contra la sensibilidad de hoy. Prefiero a los pianistas que caminan entre el sol y la sombra; tan importantes son las notas que se tectean como las que se silencian. Tú nos avasallas con tu forma de tocar tan sin resquicios que apenas

podemos colocar nuestras notas. Nos intimidas como lo hacía Sidney Bechet. Mezzrow compuso un tema y lo llamó *Really The Blues*. Hizo una grabación y consiguió condensar en ella toda la vehemencia de Bechet. Mezz rememora el acontecimiento casi como si se tratara de una vivencia mística. Incluso pergueñó unas memorias con ese título. Una obsesión que continúa persiguiéndole. Su vida parece justificarse por aquel momento sublime. Quizá la vida sea eso: perseguir un instante que la justifique. Vivir con la esperanza de llegar a ese momento totalizador o con la añoranza de haberlo ya traspasado. Yo prefiero creer que la felicidad es esa emoción que te invade cuando presientes estar a punto de conseguirla; experimentar la seguridad de alcanzarla al paso siguiente... El recuerdo de Mezzrow me conduce al de Bechet. A Sidney le debemos, ante todo, una increbrantable determinación para conseguir llegar a todos los públicos sin renunciar a sí mismo. Sus conciertos en el Olympia desbordaron siempre el mero acontecimiento jazzístico. Bechet rebosaba vitalidad y sabía transmitirla. Hacía su aparición en el escenario con el ímpetu de una locomotora surgiendo de un túnel. Los que le acompañábamos hacíamos de guardaagujas aguantando con *riffs* el aluvión de aplausos que llegaba desde la platea. Entonces yo me sentía empequeñecido, como el resto de mis compañeros. Pero el entusiasmo de Bechet era tan contagioso que nuestro grupo europeo de *dixieland* terminaba por parecer una genuina orquesta de Nueva Orleans... Pierre Michelot, como si estuviera leyendo mis pensamientos, asiente desde el contrabajo. Michelot andaba ya en esa época buceando en nuevos conceptos musicales. Yo tenía que pasar mi propia experiencia con el jazz tradicional antes de poder aventurarme en ellos. La mirada de Pierre me está recordando, en realidad, que el tema termina, y que debemos incorporarnos a un *ensemble* final. Había perdido la referencia de *Klook*... Verdaderamente, y aún con nuestras propias diferencias, formamos un buen equipo. Llevamos tocando juntos dos semanas y es posible que tengamos para otras dos más... Bill Coleman acaba de aparecer al fondo del local. Lleva calada una gorra a cuadros, rematada por una bola de lana roja. ¡Casi podría pasar por un francés de toda la vida! Esta incorporación inesperada nos estimula. Diríase que en el Latin Quarter nos estamos reuniendo *la crème de la crème*. Y

no me refiero únicamente a los músicos. Aquí, el público escucha el jazz con respeto. Es lo que opina Bill, y compartimos tantos otros: "En Europa se respeta a los músicos de color porque se comienza respetando su música". ¿Y qué es Europa sino un suburbio de París? Es en esta ciudad donde desean tocar todos los músicos que vienen de América. Algunos vagabundean un tiempo por sus alrededores, pero finalmente recalán en algún lugar de la *Rive Gauche*. ¿En qué otra parte, si no, podrían pretender la gloria?



Ahora mismo el local está lleno, y la gente permanece en silencio mientras actuamos. No hace sonar sus vasos ni se levanta más de lo necesario. Rememoro mi estancia en Nueva York hace algunos años, cuando toqué en el Jimmy Ryan's, y por eso sé apreciar la diferencia. Un intérprete necesita sentir la presencia de los espectadores, pero, al menos yo, a través de su silencio expectante. Sólo así puedo concentrarme en lo que hago. Esa atmósfera limpia de interferencias me permite dialogar con los otros músicos y, lo que es más importante, conmigo mismo. Me permite tomar una melodía y utilizarla como pretexto para expresarme; para matizar mi tristeza, manifestar mi alegría, liberar mi furia o, simplemente, cumplir satisfactoriamente el contrato. Claro está que todo esto son sólo palabras. En realidad, cuando estoy tocando no analizo si dentro de mí está sucediendo algo; me limito a tocar. Pero si reflexiono sobre ello es para tratar de explicarme por qué cuando esa mujer ha regresado a su asiento he tenido la necesidad de comunicarme con ella. De expresar lo que me

está haciendo sentir. ¿Cómo hubiera podido hacerlo sin mi trompeta?

Mirelle, que simultaneaba la audición atenta con la necesidad de exteriorizar sus impresiones, mantenía un monólogo intermitente con su acompañante.

Querido, ¿te das cuenta?, hace ya algún tiempo que frecuento el Latin Quarter y cada vez descubro algo nuevo. He caminado apenas mil metros desde Saint Germain, ese lugar que se ha convertido en un refugio de intelectuales que todavía hoy arrastran el pesimismo de la postguerra, y el paisaje ha cambiado radicalmente. ¿Existe un paseo tan gratificante para un esfuerzo tan limitado? Se me ocurre pensar que las vacas no son sino laboratorios biológicos que convierten la hierba verde en blanca leche, que quita la sed y que alimenta. También los existencialistas de Saint Germain vienen a ser otro tipo de laboratorios. Unos laboratorios de ideas, que se alimentan de pesimismo y lo transforman en filosofía. Sus argumentos no calman la sed, producen inquietud; no alimentan, asfixian. Y así llevan veinte años, engordando una autodestrucción que no son capaces de consumir. ¡Dios, esa filosofía está siendo, incluso, estudiada en las universidades! Y mientras todavía se está dilucidando si el hombre es un ser para la vida o para la muerte, los americanos pretenden estrangular a Vietnam por la cintura, el muro de Berlín ha sido completado por enésima vez y hoy mismo, aquí al lado, en el boulevard Saint Michel, frente a La Sorbona, la policía nos ha vapuleado como a delincuentes; peor aún, nos ha hecho sentir que lo somos. El Poder justifica los medios para continuar en el poder cuando se disfraza de La-Razón-Soy-Yo. El que no comparte sus dogmas es excomulgado. Es la teología convertida en razón de Estado... Evoco estos acontecimientos como si hubieran sucedido en un pasado remoto, y esa sensación se debe a que el presente se ha instalado en mí con apariencia de eternidad. El presente es esta música que me rescata de mi naufragio particular de cada noche. Una música que me envuelve, como un manto protector, hasta hacerme sentir que formo parte de ella. No puedo explicar esta sensación, pero presiento que también yo estoy interpretándola. Es como si me encontrara en el centro de una tor-

menta y yo fuera al mismo tiempo la nube que la desencadena y el cuerpo que está siendo empapado por la lluvia.

Patrick creyó encontrar en Mirelle su propio motivo de inspiración.

La temperatura emocional de nuestra música ha ido en aumento. Nos sentimos totalmente entregados a ella; *in the groove*. Pero ahora cada una de mis notas está dirigida a tí. Entre los focos que me deslumbran únicamente puedo entrever tu silueta, difuminada por la espiral de humo que la envuelve. En realidad, prefiero imaginar que eres como presiento que eres. La trompeta es el pincel con que trazo tu retrato. Necesito hacerte comprender que mi música se esfuerza en dibujarte. ¿No sientes mi lucha interior por conseguirlo? Me has provocado una calentura que sólo consigo enfriar con la trompeta... ¡Bravo!, mueves la cabeza a compás porque estás recibiendo mi mensaje. Ahora me siento capaz de dar lo mejor de mí mismo. Mi música nace y progresa hasta convertirse en un río sin orillas. Un río que crece con el caudal que tú le vas incorporando. Incluso Stan chasquea los dedos. Eso está bien. Por una vez ha olvidado el vaso que esconde bajo su taburete... ¡Continúa conmigo mientras culmino mi solo! Quizá sepas que el tema sobre el que improviso se llama *Laura*. ¿Cuál es tu nombre? Te llamaré Catherine. Eso es, el tema ya no es *Laura*, sino *Catherine*. En jazz podemos levantar edificios diferentes con los mismos materiales. A veces sientes que se van desmoronando a medida que los construyes, pero ahora estoy edificando un hermoso palacio con tu retrato. Después de treinta y dos compases todavía no he rematado la última planta, pero *Klook* me ha interrumpido; es el turno de su batería. Habré de aguardar otra oportunidad para culminar ese palacio que te contiene, porque ese palacio eres tú misma. Desearía que subieras al escenario para que todos lo supieran y compartir contigo los aplausos que ahora recibo. Me acercaré hasta tu mesa y te lo haré saber en la siguiente pausa. ¿Aguardarás hasta entonces?

Mirelle ha continuado, mientras tanto, su monólogo, esta vez consigo misma.

A veces, cuando sueño, es como si soñara que sueño, y entonces me levanto convencida de que es verdad cuanto soñé. Ahora mismo he tenido una sensación similar. Me ha parecido que era la única destinataria de la música. Que yo era un espejo mágico en el que se reflejaban los sonidos, y que estos sonidos aumentaban de intensidad al reflejarse en él y ser devueltos a su punto de partida, donde eran modulados de nuevo y devueltos hacia mi espejo. Es un protagonismo que he sentido en otras circunstancias. Pero entonces era como si soñara que soñaba. Ahora estoy despierta. Lo sé porque mi compañero me ha pasado la mano por el hombro y me he sobresaltado. Me ha devuelto al presente. Él ha insinuado algo para culminar nuestro encuentro y sus palabras me han llegado como si ya las hubiera escuchado otras veces. En realidad, es la segunda noche que comparto con Paul. No es Paul el reiterativo; lo son las palabras. Ese es el problema. Se trata siempre de las



que podamos vivir en paz, bastante tenemos con sobrellevar en tantas ocasiones. Y en no pocas con la misma resignación con que sobrellevamos las interminables discusiones que se suscitan en el café de Flore o en Les Deux Magots, nuestros puntos de reunión en Saint Germain. Hemos consumido en ellas miles de cafés *crèmes* y sólo vamos consiguiendo ponernos de acuerdo en los desacuerdos. ¿No será todo un pretexto para degustar miles de cafés *crèmes*? ¿Existe, en realidad, una metafísica más profunda que la que consiguen transmitir unos blues como los que ahora me llegan? Acabo de descubrir que lo único importante es el aquí y el ahora, y me dejo llevar por una ingravidez que me transporta hasta algún rincón dentro de mí misma en el que me siento feliz. Al menos eso es lo que siento. O, tal vez, lo que no siento, porque ahora mismo no siento nada; ni siquiera ese vacío que con frecuencia sustituye al olvido. Eso es lo más extraordinario... Los recuerdos dejan huellas que nunca desaparecen del todo. Reaparecen súbitamente, como si se tratara de imágenes invisibles que algún acontecimiento revela en el álbum de la memoria. Entonces se sufre su presencia y su dolor. Nunca he podido estar completamente segura de haber olvidado, pero, al menos, puedo creerlo en estos momentos, en los que he dejado de sentir el peso del olvido; el vacío y el vértigo del pasado.

Patrick aprovecha una pausa para hablar con Mirelle, ignorando deliberadamente a su acompañante.

¿Permitís que me siente con vosotros? Gracias a tí, esta noche está siendo irrepetible. ¿Cuál es tu nombre?... ¡Mirelle! He tratado de comunicarme contigo a través de la trompeta. De hecho, he dedicado treinta y dos compases de un tema para tratar de perfilar tu retrato, aunque quizá no hayan sido suficientes. Debería conocerte mejor, Mirelle, y entonces tal vez pudiera completarlo. Conseguiría, así, colorear, una a una, las sombras de mi boceto. Pienso que no resulta posible crear nada coherente sin sentirse motivado. Yo, al menos, necesito de la complicidad de un destinatario. Me atrevería a señalar que preciso también de su provocación. De otro modo uno debe limitarse a reinterpretar sus propios recuerdos; a hacer del presente una mera confirmación del pasado. Prefiero enfrentarme al presente como una apuesta para el futuro.

También Mirelle manifiesta sus propias sensaciones.

Inhalo la música y me deja la mente relajada. No necesito pensar en lo que está sucediendo; me libera de los porqués. Se dice que el jazz tuvo sus mejores momentos tiempo atrás. Al menos, eso es lo que se opina en Saint Germain. Son demasiadas las cosas que parecieron tener su mejor momento tiempo atrás como para que esa opinión no resulte sospechosa. Acaso se trate de un pretexto para no ocuparse más de él... Mis compañeros han optado por pensar y por discutir acerca de lo que están pensando. Esto les obliga a pensar más. Lo vuestro es más espontáneo. Os poneis de acuerdo sobre lo que vais a hacer y luego cada uno se limita a aportar su parte para construir el todo. Intuyo que cada tema es el plano conductor que marcará las pautas de esa totalidad. Todo lo demás parece depender de la entrega de cada uno. Incluso de la del espectador. La próxima vez será diferente, y eso es lo extraordinario.



Patrick regresa al escenario, tal vez con la esperanza puesta en completar aquella noche algo más que el retrato de Mirelle, y sin embargo...

Inesperadamente, he visto cómo Mirelle y su acompañante se ausentaban del local, y a partir de ese momento ya no he podido hacer nada satisfactorio. Bill Coleman se incorpora al escenario al final de la sesión y su trompeta alivia mi absoluta decadencia. Deberé aguardar otra ocasión para completar ese retrato cuyo boceto he iniciado esta noche... Aunque, pensándolo bien, es posible que no merezca la pena. El recuerdo que me va quedando de Mirelle no es el que pretendía, si no el de alguien que parece haber utilizado mi música como un divertimento fugaz. Para mí era una forma de comunicarme; un modo de aproximación. Pero no existe aproxi-

mación posible entre dos personas cuando una de ellas sólo desea evadirse.

Ajena a la pequeña tragedia de Patrick, Mirelle ha encontrado otra manera de completar la velada junto a Paul.

Cruzamos el Sena abrazados mientras vamos regresando, poco a poco, a la realidad de la noche parisina. Notre-Dame parecía más intemporal a aquella hora de la madrugada. Paul dijo algo y yo sonreí y me apreté más a él. Atrás quedaban las sensaciones vividas en el Latin Quarter. Poco antes habíamos decidido dar un paseo hasta Les Halles, que a esa hora comenzaban a despertar. Pronto la carpa metálica del gran mercado de París sería despiezada y vendida como chatarra su historia fecunda. Deseábamos compartir uno de sus últimos amaneceres. Lo haríamos junto a un caldo humeante que nos despejara las telarañas del cansancio que comenzaba a atezarnos. Frente a nosotros pasaron, azules y silenciosas, seis furgonetas de la *gendarmérie*. Paul se detuvo, las saludó con un corte de mangas y proseguimos caminando. Creía haber sido feliz y ahora pretendía continuar siéndolo.

Finalmente, hacia las tres de la mañana...

Klook se levantó y dijo: "Madames, Messieurs, thank-you, merci beaucoup, les esperamos mañana a la misma hora".

RELACION DE PROTAGONISTAS

Sidney Bechet. Clarinetista, saxofonista soprano y compositor criollo (1897-1959). Residente en Francia desde 1950. Autor de temas como *Petite fleur* y *Les oignons*, convertidos en éxitos populares. Fallecido en París.

Kenny Kook Clarke. Baterista de color (1914-1985). Pionero del estilo *be-bop*. Residente en Francia desde mediados de los años 50, con un corto retorno a Nueva York. Sobrenombre onomatopéyico derivado de la figura rítmica creada por él con el *chárleston*. Fallecido en París.

Bill Coleman. Trompetista de color (1904-1981). Residente en Europa desde 1940. Exponente genuino del jazz de los años 30. Fallecido en Francia.

Stan Getz. Saxofonista tenor blanco (1927-1991). Representante de la escuela *cool* y responsable principal del andamiaje jazzístico de la

bossa-nova. Frequentó Europa, donde llegó a residir, a partir de 1950.

Patrick Lafont. Trompetista francés (n. 1933). Durante los años 50 y 60 actuó en los clubes del Quartier Latin, especialmente en el Caveau de la Huchette, hasta que un accidente de automóvil le impidió volver a tocar la trompeta.

Latin Quarter. Legendario local de la Rive Gauche parisina, frecuentado por músicos europeos y americanos. Cambió de denominación en varias ocasiones. Su último nombre fue Le Chat qui Pêche.

Milton Mezz Mezzrow. Clarinetista blanco (1899-1972). Olvidado como músico, pero memorable autor de unas apasionadas memorias (*Really The Blues*, de título más sugestivo en su versión francesa, retomado en la española: *La rage de vivre*, *La rabia de vivir*), en las que reivindica su frustración por su condición de blanco. Establecido en Francia a partir de 1951. Fallecido en París.

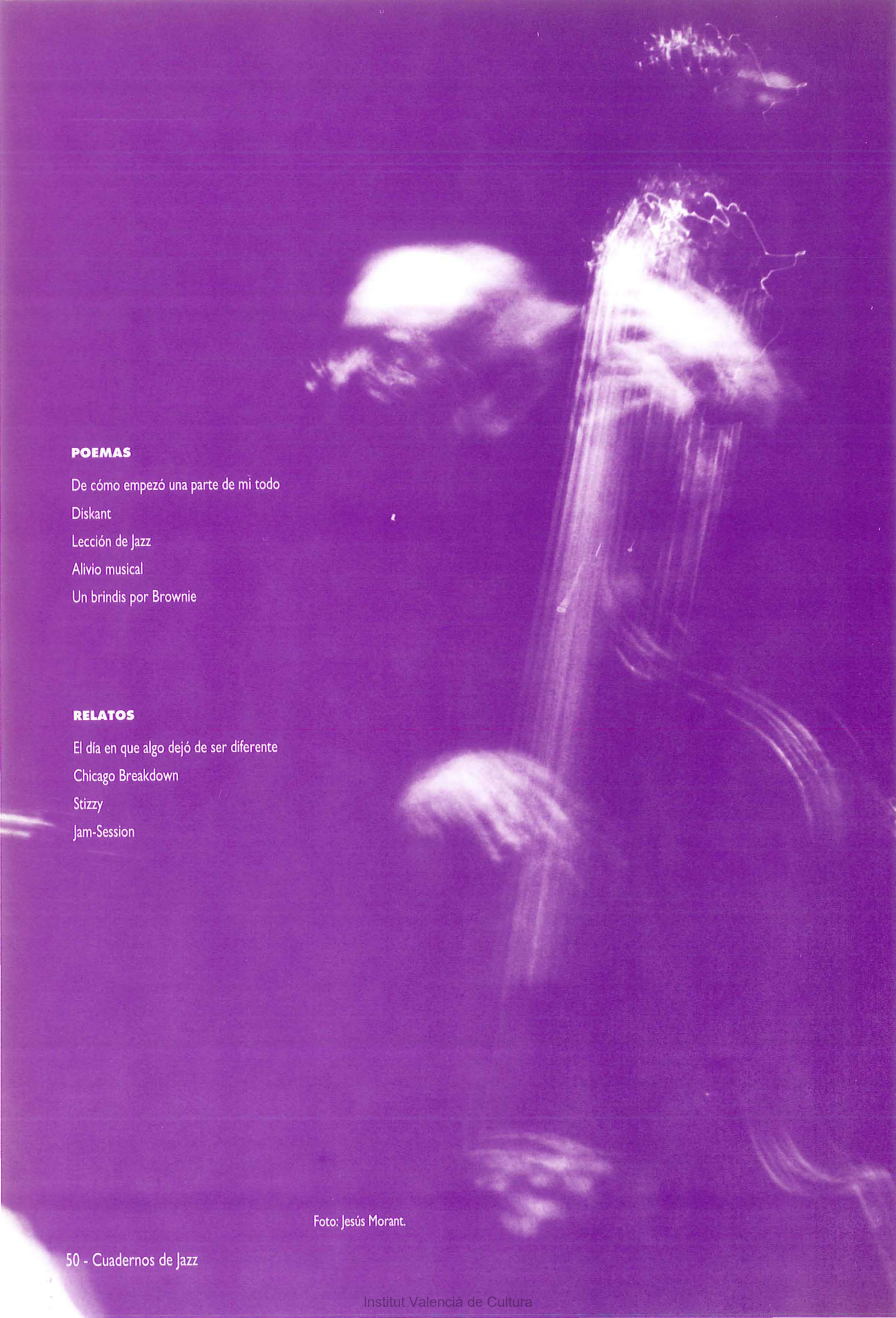


Pierre Michelot. Contrabajista francés (n. 1928). Muy activo en la vida musical parisina desde los años 50.

Mirelle. Nombre ficticio de una conocida escritora francesa. Se dio a conocer en la prensa marginal durante los acontecimientos que enterraron la realidad para que sobreviviera la leyenda del *Mayo del 68* parisino.

Joe Turner. Pianista de color (1907-1990). El último representante de altura de la escuela pianística de *stride*. Desde 1962, y hasta su fallecimiento, actuó regularmente en París.

Y **José Luis Salinas**, que ha intentado reflejar aquí algunas vivencias parisinas, muchas de ellas acometidas con el espíritu que anima a las *jam-sessions*, esas reuniones de músicos de jazz en las que cada uno se limita a interpretarse a sí mismo. ■



POEMAS

De cómo empezó una parte de mí todo

Diskant

Lección de Jazz

Alivio musical

Un brindis por Brownie

RELATOS

El día en que algo dejó de ser diferente

Chicago Breakdown

Stizzy

Jam-Session

Foto: Jesús Morant.